





# EL ÚLTIMO VODKA



Alberto Martín-Aragón

# EL ÚLTIMO VODKA



Primera edición: enero 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Martín-Aragón

ISBN: 978-84-18097-48-5

ISBN digital: 978-84-18097-49-2

Depósito legal: M-1372-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*AJULIA*





*Estamos vivos de milagro.  
Lo científico sería morir en seguida.*

FRANCISCO UMBRAL

*Cualquier hombre, por fascinante que pueda ser, acaba por convertirse  
en ridículo a causa de su deseo sexual.*

YUKIO MISHIMA

*Hay veces que un hombre tiene que luchar  
tanto por la vida que no tiene tiempo de vivirla.*

CHARLES BUKOWSKI



# AMÉRICO

1

—DEBERÍAS apuntarte a un gimnasio, Américo.

—¿Tan gordo me ves? —preguntó Américo a Rita.

—Te sobran diez kilos y tu tripa empieza a ser un tripón.

—¿Es posible?

—Es la realidad —Rita intentó enarcar una ceja, pero solo logró que se le arrugara la frente.

—¿Acaso te molesta que luzca una tripa generosa?

Rita confesó que no soportaba a las personas de barriga prominente porque consideraba ese excedente abdominal una bochornosa manifestación de debilidad y de indolencia que asociaba a obesos señores reaccionarios propensos al sexo de pago y a otras infamias ideadas y cultivadas, según ella, por el derechista ibérico. Alzando los brazos con la bufonesca impotencia de un profeta en declive que solo incitara a la guasa y al cachondeo, Américo se proclamó hombre de izquierdas de toda la vida, a lo que Rita replicó con una sonrisa tan escéptica como humilladora.

—Un hombre que tiene una tripa como la tuya no puede ser realmente de izquierdas —concluyó.

—¡Qué gilipollez me estás tratando de vender! —repuso Américo con indignado asombro—. Creo que no es incompatible tener una tripa grande con ser partidario de políticas de igualdad y de progreso, algo que soy sin ningún género de dudas. Explora mi

pasado y comprobarás que no voy de farol. Por cierto, si tuvieras que trabajar de crítico gastronómico, no serías tan dura ni tan implacable conmigo. Me paso los días degustando nuevas creaciones culinarias. Me gustaría verte en mi pellejo.

—Pues yo veo a los críticos gastronómicos de televisión y no están gordos, sino muy delgados y muy en forma.

—Esos críticos a los que aludes no son críticos gastronómicos de verdad, sino impostores de buen ver que son colocados ante las cámaras para atraer a las babosas audiencias.

—No pongas excusas. Cuando te conocí apenas tenías tripa.

—La felicidad que me proporcionó ser diana de tus caricias me abrió el apetito.

—Deja de tomarme el pelo, Américo. No he querido mencionar este asunto para no herir tus sentimientos. Tenía la esperanza de que tú mismo tomaras conciencia de que debías poner freno a tu degradación física. Pero pasan las semanas y no reaccionas. Así que me has obligado a ser sincera, cosa que me gusta muy poco, porque nunca me he ganado amigos cuando he dicho la verdad. Si quieres que te quiera más, tendrás que hacerte un poco más apetecible.

—Yo pensaba que creías en el alma de las personas.

—Y creo en el alma. Más o menos. Pero también creo que el cuerpo es el reflejo del alma. Y lo que veo ahora, a través de tu grasiento organismo, es un alma perezosa y fondona que solo quiere devorar productos cárnicos sin medida con la excusa de que su trabajo se lo exige.

Al día siguiente, dos horas antes de que diera inicio su jornada laboral, Américo se inscribió en un gimnasio del barrio. Empezó a levantar unas pesas no muy pesadas y después se puso a trotar sobre una cinta de correr. Cuando miraba a su alrededor, solo veía muecas de irónico desprecio y expresiones de regocijada lástima.

Unos jóvenes musculosos con vocación de chacoteros se acercaron a él y le dijeron que estaba como un tren y añadieron que es-

tarían encantados de sodomizarle, eso sí, con mucho cariño y con mucho espíritu de consenso. Luego prorrumpieron en carcajadas de extrarradio y se largaron meneando las nalgas como trapecistas bisexuales que estuvieran tomándose el pelo. En aquel momento Américo lamentó no vivir en uno de esos países donde las armas de fuego pueden adquirirse con la facilidad con que se compra un periódico o un destornillador.

Dos semanas después juró que no regresaría jamás al gimnasio. Y cumplió su juramento tras comprobar que no solo no había perdido peso, sino que había ganado otros dos kilos. Su barriga, lejos de decrecer, había aumentado de grosor. Rita y Américo siguieron practicando sus rutinas sexuales, pero él notaba que ella deseaba acabar pronto y ella notaba que él lo notaba y ambos sabían que no volverían la pasión ni el esmero de los primeros acoplamientos.

Una mañana de sábado de mucho sol y de abundante cachaza callejera, Rita hizo sus maletas y anunció que se marchaba para siempre. Y añadió:

—Si sigo contigo, acabaré tan gorda como tú. Necesito a mi lado a un hombre que esté preocupado por su forma física. Solo así podré mantener mi línea. Espero que puedas comprenderlo. Una mujer gorda, si no es un genio, no se come una rosca por mucha feminista de salón que asegure estar defendiéndola.

El hombre asintió y sonrió con desdén. Él también tenía algo que decir y lo dijo.

—No sé qué coño pude ver en ti y cómo carajos me dejé convencer para acabar haciendo el soplapollas en un gimnasio plagado de chaperos chistosos. Cuando te conocí y me dijiste que eras admiradora de don Miguel de Unamuno, pensé que sería interesante explorar tu mente. Poco a poco he descubierto que no has leído nada de Unamuno y que lo único que sabes de él es que nació en Bilbao, ciudad de la que tú dices proceder, aunque dudo que hayas nacido allí. En definitiva, eres un ser superficial. Pero eso no es lo malo. Lo malo es que no eres consciente de tu superficialidad. Te crees superior a mí solo porque trabajas en una puta galería de

arte, porque a veces vas en bici y porque reclamas la abolición de la tauromaquia. Y ahora vete de esta casa, por favor.

Rita estaba espantada, los ojos temblorosos de estupor e incredulidad.

—No tienes derecho a hablarme así —bramó con la voz quebrada y húmeda—. Yo he sido muy buena contigo. Nunca te he negado una mamada, Américo. Hasta cuando más asco me has dado, no he puesto pegas a succionar tu ridícula e insignificante polla. Yo seré una superficial, pero tú no eres ningún caballero, sino un socialdemócrata de pacotilla que se cree alguien por escribir críticas gastronómicas en una revista de mierda que solo leen fachas que se alimentan de cerdos y de cochinillos muertos.

—No se los van a comer vivos, alma de cántaro.

—Espero que revientes, gordo carnívoro. Solo así aprenderás a comprender que todo ser vivo merece un respeto.

Y Rita no agregó más porque se echó a llorar mientras abandonaba el piso con la brusca precipitación de quien no quiere escuchar la réplica del antagonista.

Un mes después de aquella ruptura Américo dejó de ser crítico gastronómico porque la revista de ocio en que trabajaba echó el cierre repentinamente, como suele decirse. Los jefes de la empresa, o los supuestos responsables de aquel tinglado, se esfumaron sin decir adiós y nadie percibió indemnización alguna porque, entre otras razones, nadie llevó el caso a los tribunales competentes. Quizá por simple pereza o por una arraigada actitud derrotista.

Américo cayó en algo que podría considerarse depresión. Y esa depresión, o lo que fuera aquella codiciosa tristeza, no solo le quitó el apetito, sino que también le arrebató el ánimo y el coraje necesarios para aceptar algunas modestas ofertas de empleo que se le hicieron gracias a viejos colegas.

En un lapso de ocho meses, abandonado a un severo ayuno atenuado por espaciadas y muy frugales ingestas de atún enlatado, Américo pudo adelgazar alrededor de quince kilos. Cuando no estaba tumbado en la cama, cosa que hacía frecuentemente durante

las horas diurnas, vagabundeaba por el Madrid de los Austrias, actividad que llevaba a cabo habitualmente durante las horas nocturnas.

Transcurrieron otros ocho meses y Américo parecía otro Américo. Flaco, demacrado, con un abdomen plano y liso, desaseado, asilvestrado, maloliente. Semejaba un híbrido de misionero que hubiese perdido la fe y de okupa que estuviera harto de su nomadismo.

## 2

EN una mañana de noviembre que parecía más sevillana que madrileña, Rita estaba engullendo un presumido y lustroso cruasán en el interior de una cafetería de la calle Serrano. Hacía tres meses que había abandonado a Américo y hacía dos que le habían concedido la baja laboral por depresión. No obstante, sonreía con énfasis y parecía satisfecha de su vida y de su apetito matinal.

Cuando estaba a punto de tragarse el último trozo del bollo, vio a través del ventanal de la cafetería cómo una furgoneta de ingeniera nipona atropellaba a un perro flaco, resacoso, bostezador, dueño de una mirada entre estoica y nihilista. El conductor de la furgoneta, que estaba farfullando blasfemias a su teléfono móvil antes de arrollar al desdichado animal, se dio a la fuga y el perro murió dando aullidos mientras una paloma enfundada en la luz de un sol engreído se miraba el rostro en un charquito de sangre que se había formado en la calzada, cerca del impacto. Conmocionada por aquel suceso, la excompañera sentimental de Américo se comprometió a no comer cruasanes nunca más.

Dos semanas después de aquello Rita empezó a salir con un viudo argentino que solía participar en manifestaciones antitaurinas y que enseñaba a bailar el tango a grupos de solteros exigentes durante los fines de semana. Tras un mes de relación estrictamente genital, el argentino, que había nacido realmente en Santiago de Compostela, tuvo la mala suerte de atropellar con un coche alqui-

lado a un gato robusto que padecía de cataratas. Rita, que viajaba en el asiento del copiloto, pensó que la muerte del felino no se habría producido si el conductor hubiese circulado a menos velocidad. Un mes después Rita anunció al argentino que no deseaba volver a verle y el argentino (o el compostelano), tras sonreír con el fatalismo del pistolero al que apuntan varios revólveres, confesó que llevaba días deseando oír aquellas palabras.

Tras medio año de vida relajada y retirada (y de moderada depresión), Rita decidió hacer un viaje por el mar. Fue así como conoció en un crucero por el Mediterráneo a un joven alicantino taciturno pero locuaz que sabía recitar en francés algunos versos de Mallarmé. Una noche, vestidos ambos con sus prendas más pretenciosas y vehementemente perfumados, bebieron en la cubierta del barco varias copas de champán ante el oleaje crujiente de luna y de viento, y después se fueron al camarote del hombre y se desnudaron sin teatralidad, y la cosa fue bien hasta que el alicantino le mostró su miembro viril. Aquel órgano era grande y tenía aspecto de que podía serlo mucho más si recibía los estímulos adecuados. Rita reculó con aprensión. No por el tamaño de aquel miembro, que era completamente de su gusto, sino porque había vislumbrado una pequeña cruz latina tatuada sobre el tejido eréctil del pene. Al ser interrogado por la razón de ese tatuaje y de su peculiar localización, el alicantino se vio forzado a narrarle el episodio que consideraba más trascendental de su vida.

—Empecé a estudiar Filología Francesa, pero la crisis económica y la muerte repentina de mis padres en la puta carretera me obligaron a cambiar de ocupación y a transformarme en limpia-cristales, lo que me ha llevado a frecuentar las alturas durante los últimos cinco años.

Carraspeó, respiró hondo, prosiguió:

—Hace cosa de seis meses me resbalé de un andamio que estaba a treinta metros del suelo. Me salvé porque caí justo encima de un caballo de la Policía Nacional que, nadie sabe por qué, se encontraba en aquel instante defecando al pie del andamio. El



cuerpo de aquel animal actuó como un colchón que amortiguó mi caída. No tuve ninguna duda de que se trataba de un milagro. Aunque fui educado en el ateísmo y en el materialismo dialéctico, quise dar gracias a Dios porque tuve la impresión de que un ser así debía de existir después de lo que me había pasado. Pensé que la mejor forma de hacerlo era haciendo un pequeño sacrificio. He ahí el origen de este tatuaje que tanto pasmo parece causarte. Es doloroso que te tatúen una cruz en el pene, pero el dolor se acaba pasando. Lo increíble es que me tocó la lotería un mes después de que me hicieran el tatuaje.

—¿Y qué le pasó al caballo? —inquirió Rita con los ojos hambrientos de respuestas inequívocas.

—Murió.

—Pobre animal. Pudiste tener más cuidado para no caerte.

—Bueno, no fue a propósito. Sufrí una bajada de tensión y me desmayé. Además tuve la mala suerte de subirme aquel día sin arnés. Un descuido.

—Eres un irresponsable. ¿Cómo se te ocurrió subirte a un andamio sin tomar las precauciones prescritas por la ley? No sé si eres consciente de que un caballo de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado murió por tu jodida negligencia.

—Pero yo estoy vivo, ¿no?

—¿Y qué tiene eso de magnífico? El mundo está petado de tíos como tú. Estáis muy vistos.

El alicantino, pálido y estupefacto, se sentó en el borde de la angosta cama y estudió con mirada de apache derrotado el rostro de Rita, cuya expresión rebosaba de melancólica severidad.

—Creo que debes vestirte y subir a la cubierta a tomar el aire —sugirió el hombre con una voz cavernosa y abatida.

Rita se vistió con talento y rapidez. Antes de abandonar el camarote, se giró hacia el alicantino y comentó:

—Deberías encajar mejor las críticas constructivas. De todos modos, perdona si te he ofendido. Hazte cargo de que sufro mucho con el sufrimiento y la muerte de cualquier ser vivo.

—Yo también soy un ser vivo. Y sufro —replicó el alicantino.  
—Se te pasará. Que descanses.

3

MIENTRAS deambulaba por la Gran Vía durante una canicular noche de viernes, Américo reconoció a Rita en un tramo de la multicultural y dadaísta acera. Rita paseaba enganchada del brazo de un hombre alto y filiforme que tenía aspecto de haber nacido en un país nórdico y de haber estudiado en una universidad norteamericana. O quizá fuera al revés.

Américo se recluyó en una zona de sombras para no ser visto. Desde allí pudo ser testigo de cómo Rita y su alargado acompañante se besaban a intervalos irregulares en la boca mientras reían ruidosamente por asuntos que, a tenor de los gestos que ambos ejecutaban, debían de guardar alguna relación con la práctica de la lluvia dorada. O quizá solo eran ademanes que ilustraban un catálogo de emociones plebeyas derivadas de una efímera relación carnal.

Américo contempló con melancólica apatía cómo Rita y aquel tipo de casi dos metros se perdían entre el gentío. Luego permaneció unos diez minutos mirando a los transeúntes con expresión boba y estúpida. De súbito estalló en una carcajada larga, estruendosa, circense, quizá barroca. Aquella carcajada se prolongó durante casi quince segundos. Como no podía ser de otro modo, Américo fue objeto de las académicas miradas de aprensión y de recelo que recibe alguien que se comporta en público de un modo extravagante. Después caminó unos veinte metros, entró en un bar de titubeante higiene llamado *Sartenazos* y pidió unas cuantas raciones de esto y de aquello. Engulló todo lo que le sirvieron y bebió alrededor de ocho jarras de cerveza.

Cuando compareció el momento de pagar, borracho, baboso, insolente, Américo declaró con harta defectuosa dicción que estaba exonerado de abonar la cuenta porque él era un prestigioso crí-

tico gastronómico y a un prestigioso crítico gastronómico, arguyó, se le convida siempre. El camarero, que era hombre de movimientos pausados y pulcros pese a tener aspecto de bandolero gritón y blasfemo, le sirvió un vaso de agua y le invitó amablemente a que se lo bebiera. Américo obedeció y se bebió el vaso de agua de dos tragos.

—Ahora, señor, váyase a casa y descanse. Le vendrá muy bien dormir unas horitas —le recomendó el camarero en un tono hospitalario.

Américo examinó con intriga a aquel hombre.

—¿Y qué pasa con la cuenta, jefe? Alguien tendrá que pagar todo este papeo.

—No hay ninguna cuenta que pagar —respondió el camarero, que sonreía como un Papa Noel sin barba pero patilludo y moreno.

—¿Está seguro? —preguntó Américo, amoscado, incrédulo.

—Seguro.

Américo intentó sonreír, pero empezó a llorar. Entre avergonzado y emocionado, las manos sobre los ojos pudientes de lágrimas, el paso vacilante de un crápula inexperto, abandonó el bar ante la mirada despreciativa de quienes habían sido testigos de aquella escena.

#### 4

AMÉRICO regresó a *Sartenazos* una semana después de su primera visita. Le acompañaba una mujer rechoncha y risueña que estaba orgullosa de tener unas tetas grandes y pesadas. Así se lo había hecho saber a Américo mientras ambos habían estado practicado el sexo oral en el piso de este último. Aquella mujer también le había hecho saber que se sentía culpable por disfrutar de los piropos que algunos varones tributaban a sus glándulas mamarias. «¿No seré en realidad una *micromachista* por deleitarme con esos cumplidos?», se preguntó. Américo prefirió no dar su opinión al respecto.

Se sentaron ante la barra de *Sartenazos* y esperaron a ser atendidos. Una camarera flacucha e indolente se acercó a ellos mientras se rascaba un sobaco. Pidieron cerveza. Mientras la camarera les servía las consumiciones, Américo le preguntó acerca del camarero moreno y patilludo. La empleada de *Sartenazos* le miró con recelo toledano, pues era toledana de nacimiento, aunque era renuente a reconocerlo.

—¿Se refiere a Lázaro? —preguntó con retintín.

—No sé cómo se llama su compañero. Solo sé que era moreno y que tenía unas patillas muy largas y pobladas.

—Sí, ese es Lázaro.

—Pues me gustaría saludarle.

La toledana frunció el ceño y se quedó observando a Américo con enfático asco.

—¿Es amigo suyo? —preguntó al hombre con impertinente desdén.

—No, pero quiero pagarle lo que le debo —aclaró Américo.

—Pues ha llegado tarde para eso.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es que no lo sabe?

—¿Qué tengo que saber, señorita?

—Lázaro está detenido. Le acusan de haber violado a sus sobrinas.

—No puede ser —repuso Américo estupefacto.

—Pues mucha gente que curra en los tribunales piensa que sí puede ser —sentenció la camarera poniendo los brazos en jarra en actitud tan displicente como retadora.

La acompañante de Américo, confundida, inquieta, preguntó a Américo:

—¿Es que te juntas con pederastas?

Américo fijó una mirada estúpida y errática en la cara de la mujer rechoncha y risueña. Después soltó una carcajada mullida de burlona frustración. Las mujeres y otras personas que se hallaban en el bar miraron a Américo con el miedo y la fascinación con que

presenciarían, por ejemplo, la irrupción de un hipopótamo fugado en un restaurante de cocina vasca.

—Pero, ¿qué le pasa a tu amigo? —preguntó la camarera a la mujer rechoncha.

—No tengo ni idea. Conocí a este tío anoche, echamos varios polvos y después me dijo que era un prestigioso crítico gastronómico. Eso es todo lo que sé de él. Evidentemente no sabía que tenía amigos pedófilos, porque si llego a saberlo, le come la polla su puta madre.

Américo guiñó un ojo a la mujer rechoncha y risueña, le dio las gracias por las mamadas y abandonó el bar a paso ligero.

## 5

EN una noche de septiembre en que Madrid respiraba con la elocuente pachorra de una urbe magrebí, Rita conoció en un local de copas de Chueca a Manuela, socióloga en paro y amante de las tortugas. Rita y Manuela se miraron a los ojos con depredadora fijeza y supieron que se acostarían juntas en muy poco tiempo. Tras beber unos rones de garrafa y elogiar con pudor y sonrojo las leyes de protección animal promulgadas por el nazismo, viajaron en un taxi hasta la cama de Manuela, una cama de blando colchón alrededor de la cual merodeaban seis tortugas de diferentes tamaños. Ni Rita ni Manuela se habían acostado antes con una persona de su mismo sexo, pero eso no les impidió actuar con pericia y fluidez. Un jurado gay no habría puesto mala nota al debut lésbico de estas mujeres. Después de una hora de prácticas sexuales de diversa índole y de diverso sabor, se tomaron un descanso.

Rita se puso a examinar las tortugas que hacían guardia en torno a la cama y prodigó caricias y piropos a todas ellas, y todas ellas parecieron esbozar una sonrisa. Entretanto, Manuela, tumbada boca arriba, se fumaba un pitillo y divagaba en voz alta sobre la estupidez del votante español y sobre la necesidad de acabar con el sufragio universal.

Guiada por la curiosidad, Rita dejó vagar la mirada por las paredes de aquel cuarto. Vio muchas fotografías de planicies austeras y grandiosas que estaban salpicadas de tortugas. Pero también vio algo que la hizo palidecer. ¿Cómo no había reparado antes en ello? Sobre el cabecero de madera de la cama, clavado con chinchetas a la pared, destacaba un póster que ilustraba con paródico estilo impresionista un lance taurino: el diestro ofrecía la muleta y el toro la observaba sin demasiada emoción.

—¿Qué coño hace eso ahí? —interrogó Rita con furia contenida o no tan contenida—. Quítalo inmediatamente. Es la imagen infame de la tortura.

Manuela tardó en reaccionar, pero reaccionó.

—Un momento, un momento —bramó, incorporándose y encarándose con Rita—. Esta es mi casa y puedo decorarla como se me antoje. Además me gustan los toros y no pienso renunciar a mi afición. ¡¡¡Jamás, jamás, jamás!!!

Rita debió de caer en manos de una cólera magistral, pues hizo algo que resulta complicado hacer cuando se está relativamente tranquilo. Arrebató el cigarro a Manuela y lo apagó en su teta derecha, Manuela dio un grito de dolor y sucedió que el grito emergió de su garganta al mismo tiempo que propinaba un puñetazo a Rita en pleno rostro.

—¡Fuera de esta casa, puta loca! —exclamó Manuela fuera de sí—. Y pensar que me he tomado la molestia de comerme tu insípido coño, un coño que huele a colegio del Opus. Entérate, señora, a colegio del Opus. ¿Es así cómo me agradeces la hospitalidad que te he brindado?

—Y yo me he comido tu asqueroso ojete, que estaba lleno de mierda, puta asesina.

—No vuelvas a llamarme, asesina, pija del copón, o me cago en tu boca y entonces vas a saber lo que es comer mierda de verdad.

Rita, sangrando por la nariz, la respiración gruesa y jadeante y frenética, se aproximó hasta un extremo de la habitación, cogió una tortuga del suelo y la lanzó contra la cabeza de quien amaba

las tortugas y las corridas de toros. Manuela esquivó el proyectil y el caparazón de aquella criatura se estrelló pesada y salvajemente contra el póster taurino. La tortuga no murió. El póster, sin embargo, se fisuró y se desgarró ligeramente en diferentes zonas.

Media hora después, aturdida y angustiada, Rita erraba precipitadamente por las calles llenas de noche y de prosaicos disolutos mientras se hacía las siguientes preguntas: *¿Quién soy realmente? ¿Por qué no puedo ser feliz? ¿Por qué me odia la gente? ¿Por qué no me quiere nadie? ¿Es que no soy lo suficientemente simpática?* Preguntas, en fin, que se formula cualquier ser humano cuando se topa con la realidad, que casi nunca es amable ni compasiva con quien la quiere encerrar en la botella de sus sueños y de sus creencias.

## 6

AMÉRICO llevaba más de cinco horas en una cervecería de La Latina, borracho, deprimido, vulgarizado, bisbiseando obscenidades y blasfemias a un interlocutor invisible. Ya era de noche y los camareros habían tratado varias veces de echarle del local, pero Américo les había informado de que era un prestigioso crítico gastronómico y les había amenazado varias veces con publicar una reseña demoledora de su establecimiento si osaban ponerle la mano encima. No le creyeron y alguien dijo que había que llamar a la policía de una maldita vez, pero nadie se había tomado la molestia de hacerlo.

Finalmente, a eso de las once de la noche, Américo vomitó sobre una silla vieja, quizá la más vieja del local, y abandonó aquella cervecería mientras canturreaba el himno del Rayo Vallecano. Nadie le miró a los ojos.

Una vez en la calle se consagró al juego de darse lástima y, luego de una hora de vagabundeo, desembocó en un callejón salpicado de mendigos ejemplares. Allí entabló diálogo con una mujer resplandeciente de soledad y de miseria que se afanaba en la fabricación de una cobija sirviéndose de periódicos y revistas. La

mujer platicaba un idioma que era una pintoresca mezcla de serbio, rumano, gallego y castellano. Américo contó a la mendiga que había sido un prestigioso crítico gastronómico y añadió que deseaba pernoctar junto a la hembra más sucia y hedionda de la ciudad. La mendiga le sonrió y le enseñó unos dientes que ya no merecían ese nombre o que más bien merecían un lugar de honor en un museo de dentaduras corrompidas e historiadas por varias caries. Américo le entregó cien euros a aquella embajadora de la descomposición humana y se tumbó a su diestra.

Horas después, en tanto amanecía sobre la ciudad con parsimonia manchega, el crítico gastronómico despertó con la bragueta abierta, el calzón parcialmente mojado de semen y sintiendo el peso de una pestilente cabeza sobre uno de sus hombros. El hedor que le golpeó el olfato no le impidió experimentar un sentimiento de gratitud hacia el ser que roncaba sobre su rostro. Intuyó que una nueva vida empezaba a abrirse camino dentro del podrido y nauseabundo cuerpo que le había ofrecido placer, cariño y calor.

Se levantó y se alejó tranquilamente de la mendiga ante las miradas acusatorias de algunos viandantes, viandantes que, dicho sea de paso, no ocultaban la sensación de estar perdiéndose algo tan horrible como fascinante. Aunque empezó a experimentar un alarmante escozor en la zona genital, Américo se sentía con ganas de silbar alguna melodía. Así que silbó en tanto se ponía a caminar dando saltitos joviales y pueriles como si estuviera parodiando al héroe diminuto pero tenaz de una película infantil de aventuras.

Caminó y silbó un buen rato hasta que, muy cerca de la Plaza de Canalejas, se encontró frente a frente con una mujer que parecía estar sollozando mientras avanzaba con paso renqueante a lo largo de la acera, erizada de desperdicios y de botellas abandonadas por bebedores impacientes o al borde del coma etílico. La mujer, que lucía algunos restos de sangre reseca en la punta de la nariz y en los labios, daba la impresión de estar huyendo torpemente de algún jaleo o de estar buscando desahogo espiritual en una caminata penosa y absurda.



Américo se detuvo en seco ante ella y ella hizo lo propio ante Américo. Se miraron y se reconocieron, si bien la mujer tardó un poco más en hacerlo, puesto que nunca había visto a un Américo tan delgado, tan desmejorado, tan sucio, tan maloliente. Américo, por su parte, se sorprendió de ver a una Rita desaliñada, desgredada, ojerosa. Y, como no podía ser de otro modo, le sorprendieron aquellos minúsculos vestigios de sangre condecorando la desolación de su rostro, siempre tan agraciado y siempre tan orgullosamente triste.

—Parece que los dos hemos tenido una noche difícil —comentó a Rita.

Haciendo acopio de entereza y de coraje, la mujer tragó saliva, suspiró profundamente y contestó:

—Llevo teniendo noches difíciles desde hace mucho tiempo. Pero ya estoy acostumbrada.

—Lo mismo me pasa a mí —comentó Américo, fingiendo aplomo y flema.

—Ya te veo. Cualquiera diría que estás viviendo en la calle y que solo comes lo que encuentras en los contenedores de basura.

—Bueno, vivo mejor de lo que parece. Lo que pasa es que me he vuelto una persona más curiosa. Me gusta experimentar.

Se miraron fijamente un buen rato. Y se sonrieron, pero aquellas sonrisas habrían hecho llorar a un grupo de mafiosos que fueran aficionados a la ópera.

—¿Quieres un café? —propuso Rita con voz ronca y temblorosa, los ojos húmedos, una mueca de retadora súplica deformándole los labios.

—Pues no sé. Estoy agotado y me gustaría dormir —musitó Américo, sorprendido y quizá receloso ante aquella propuesta.

—No seas tonto. Solo quiero invitarte a desayunar. Luego podrás irte a la cama y olvidarte de mí para siempre —señaló Rita con una voz dulce y ostensiblemente fraternal.

Levemente ruborizado y frotándose los ojos hinchados de recuerdos, Américo asintió tímidamente. Rita le cogió de un bra-

zo con castizo desparpajo y ambos anduvieron hasta la cafetería abierta más cercana. Era una cálida y geométrica mañana de septiembre y en Madrid había miles de personas haciendo el amor a esas horas, pero casi ninguna de esas personas pasaría a la Historia de esa ciudad.